

Erika Tatiana Jiménez Aceros

La educación para la paz. Una reflexión sobre el concepto *educación* en Paulo Freire y de los estudios de paz

RESUMEN: El presente texto es una reflexión general de los conceptos Educación, Paz y su conjunto Educación para la Paz. Por ende, se toman como referencias: el concepto de Educación adoptado por Paulo Freire, un recuento breve de la historia de los estudios de paz, y la perspectiva del concepto de paz realizada por varios investigadores como Johan Galtung. Todo esto para reafirmar y visibilizar la importancia de la Educación para la Paz en nuestras sociedades y para que seamos partícipes de ésta. Ser educado para la paz significa ser un sujeto que sabe transformar los conflictos para fortalecer la fraternidad humana. Por consiguiente, la paz sólo es posible si existe un cambio individual con efectos colectivos.

PALABRAS CLAVE: Educación problematizadora; Libertad; Educación para la paz; Concientización; Práctica.

Education for Peace. A reflection on the concept of peace by Paulo Freire and peace studies

ABSTRACT: The present text is a general reflection of the concepts of Education, Peace, and Education for Peace. Therefore, the following are taken as references: the concept of Education adopted by Paulo Freire, a brief account of the history of peace studies, and the perspective of the concept of peace by several researchers such as Johan Galtung. All this to reaffirm and make visible the importance of Education for Peace in our societies and for us to participate in it. To be educated for peace means to be a subject that knows how to transform conflicts in order to strengthen human brotherhood. Therefore, peace is only possible if there is an individual change with collective effects.

KEYWORDS: Education; Freedom; Education for Peace; Awareness; Practice.

► Erika Tatiana Jiménez Aceros, Universidad de Salamanca, España. Autor de correspondencia: erikatatianajimenez@gmail.com

Introducción

Para iniciar la presente reflexión, se hizo necesario detener la mirada al comportamiento del ser humano y fijarnos en cómo estamos resolviendo nuestros conflictos. No es un secreto que los medios de comunicación día a día publican hechos violentos que ocurren en diferentes partes del mundo. Se habla de masacres, secuestros, asesinatos, guerras, etcétera. Al parecer, la cultura de la violencia permanece latente sin ánimo de desaparecer por un buen tiempo. Pero, ¿qué podemos hacer?, ¿cómo desaprender esa cultura violenta y construir una cultura de paz? La respuesta la tenemos en la educación para la paz, una herramienta que indaga el desarrollo humano y que está dispuesta a transformar la realidad con la que éste vive, en lo individual y lo social. Además, hace que reflexione y actúe pensando en el bien común. La educación para la paz no distingue de clases sociales; sin embargo, incluye a todos los miembros activos de la sociedad bajo el mismo fin, hallar la paz. Con todo lo anterior, este trabajo tiene como objetivo primordial visibilizar y despertar en el lector la importancia de educarnos para la paz dentro de una sociedad anclada en la violencia. Esto puede resultar todo un reto, así que se tratará de responder la siguiente pregunta: ¿Puede la educación para la paz despertar en el ser humano una cultura de paz? Por consiguiente, este trabajo se desarrollará de la siguiente manera: primero, se ahondará sobre el concepto Educación desde la perspectiva de Paulo Freire. Y segundo, se realizará un breve recuento sobre la historia de los estudios de paz; también se tratará de definir los conceptos *educación* y *paz* teniendo en cuenta a algunos investigadores como Johan Galtung.

EL CONCEPTO EDUCACIÓN DESDE LA PERSPECTIVA DE PAULO FREIRE¹

En la actualidad, cuando afrontamos diversos problemas sociales generadores de violencias tales como la pobreza, la falta de compromiso político, la mala distribución de las riquezas naturales, entre otras, se hace necesario retomar el concepto de educación, no sólo para que sea una salida a dichos problemas, sino para que fortalezcan la integridad del individuo y, también, la cercana relación con los

1 Freire en sus obras utiliza el término «hombres» para mencionar la humanidad. En este sentido, se usa esa expresión con ese mismo fin.

«otros». Por ende, se retoma el concepto de educación adoptado por Paulo Freire (2009), quien la considera *praxis*, reflexión y acción del individuo sobre el mundo para transformarlo. Es decir, la educación se dirige a la concienciación, al despertar la conciencia de cada ser humano para comprender su lugar en la naturaleza y en la sociedad, para así analizar críticamente lo que sucede en su entorno y cambiar las cosas que afecten a toda su colectividad. Y es en esa colectividad en la que existe una integración, característica de las relaciones humanas, la cual se perfecciona cuando la conciencia se hace crítica en el ejercicio de interactuar con el «otro». Esto significa que permite un encuentro entre las personas, una verdadera aproximación al diálogo, para relacionarse con la realidad y dejar de ser un ser *en* el mundo para pasar a ser un ser *con* el mundo. Este último responde a los múltiples desafíos de una sociedad globalizada, la cual necesita de la integración que se da en las relaciones de los hombres para crear una conciencia crítica colectiva y así no limitar su libertad. En palabras de Freire:

A partir de las relaciones del hombre con la realidad, resultantes de estar con ella y en ella, por los actos de creación, recreación y decisión, éste va dinamitando su mundo. Va dominando la realidad, humanizándola con algo que él mismo crea; va temporizando los espacios geográficos, hace cultura. Y este juego de relaciones del hombre con el mundo y del hombre con los hombres, desafiando y respondiendo al desafío, alterando, creando, es lo que no permite la inmovilidad, ni de la sociedad ni de la cultura (Freire 2009, p. 32).

Con lo anterior, se puede afirmar que el ser humano, al integrarse en la sociedad, se dispone a convertirse en sujeto y no objeto de la misma, permitiendo el tránsito de una sociedad cerrada, aquella que está guiada por un mercado externo, alienada, antidialógica y con alarmantes índices de analfabetismo, a una sociedad homogéneamente abierta que, según Freire (2009), es indispensable para la salvación democrática, la cual se basa en el respeto al “otro” y con derecho a reaccionar de manera dialógica frente aquellos que la tratan de oprimir. En la misma instancia, Freire hace una distinción entre la población sectaria, la que se deja intoxicar de la propaganda, la que no piensa y otros lo hacen por ella, la que se queda inmóvil y se calla cuando hay un desequilibrio social; y la población radical, crítica de la anterior, para hallar una solución con el pueblo al descompromiso social, rechazando la fuerza impositiva de sus gobernantes y defendiendo las

transformaciones que pueda tener sin dejar de respetar al individuo como persona de derechos y como sujeto de deberes. Con esto se puede aclarar que la sociedad cerrada es sinónima de la población sectaria, y la sociedad homogéneamente abierta, sinónima de la población radical que se educa para permitir la transformación del pensamiento del individuo, que pasa de ser una esfera consumista a una esfera comprometida con lo que sucede en su entorno. En palabras de Freire:

[...] Y este pasaje, absolutamente indispensable para la humanización del hombre brasileño, no podría hacerse ni mediante engaño, ni mediante el miedo, ni mediante la fuerza, sino con una educación que, por ser educación, habría de ser valiente, ofreciendo al pueblo la reflexión sobre sí mismo, sobre su tiempo, sobre sus responsabilidades, sobre su papel en la nueva cultura de la época de transición (Freire 2009, p. 52).

Es así como la educación es una herramienta del individuo oprimido, que sirve para que reflexione sobre sí mismo y adquiera responsabilidades con la sociedad. Es decir, la educación es instrumento de desarrollo del pueblo, que atiende a afianzar sus potencialidades para que emergan de ellos la capacidad de asombro, puedan adentrarse a la realidad que vive la actual sociedad y despierte su conciencia transitiva. Dicha conciencia transitiva, según Freire, se da a partir del proceso de transición donde el sujeto deja de lado la conciencia intransitiva propia de una sociedad cerrada, aquella que se caracteriza por la falta de compromiso del mismo con la existencia; para evolucionar su pensamiento con ayuda de la educación, la cual hace que se interese por las falencias de la sociedad para transformarla, aumentando el poder del diálogo con el 'otro' y con el mundo. Esto presupone decir que no sólo se orienta hacia la responsabilidad social, política y ética de su entorno, sino que se descubre en ese reaccionar de ideas con propuestas que contribuyan a un bien común. En otras palabras:

Esta transitividad de la conciencia hace permeable al hombre. Lo lleva a vencer su falta de compromiso con la existencia, característica de la conciencia intransitiva, y lo compromete casi totalmente. Es por eso por lo que existir es un concepto dinámico, implica un diálogo eterno del hombre con el hombre; del hombre con el mundo; del hombre con su Creador. Es este diálogo del hombre sobre el mundo y con el mundo mismo, sobre sus desafíos y problemas lo que lo hace histórico (Freire 2009, p. 53).

También cabe añadir que, dentro de la conciencia transitiva, existen dos estados que posibilitan el paso hacia la alfabetización: la conciencia transitiva ingenua y la conciencia transitiva crítica. La primera, como fase inicial, se caracteriza por ver de forma simple los problemas de su entorno, juzga que todo tiempo pasado es mejor, los argumentos para defenderse del mundo globalizado son frágiles; no práctica el diálogo, lo distorsiona y lo vuelve polémica. La segunda, orientada hacia una educación dialogal, activa, política y democrática, se caracteriza por mostrarle al individuo las diversas alternativas existentes para su desarrollo como ser humano, el cual adquiere el sentido de responsabilidad social que se dirige a la búsqueda de soluciones de los problemas que enfrenta la misma sociedad. Así mismo, el paso transitivo de una conciencia ingenua a una conciencia crítica se realiza por medio del trabajo educativo crítico que está alerta de no caer en la industrialización, en las masas y que se mantiene en constante diálogo con el 'otro' para participar del cambio social. Lo que pretende dicha educación es empoderar al ser humano para que asuma su realidad, la transforme, permanezca atento al mundo, lo concientice, reaccione y actúe. Frente a lo anterior, señala Freire que:

Una educación que posibilite al hombre para la discusión de su problemática, de su inserción esta problemática, que lo advierta de los peligros de su tiempo para que, consciente de ellos, gane la fuerza y el valor para luchar, en lugar de ser arrastrado a la pérdida de su propio «yo», sometido a las prescripciones ajenas. Educación que lo coloque en diálogo constante con el otro, que lo predisponga a constantes revisiones, a análisis críticos de sus «descubrimientos», a una cierta rebeldía, en el sentido más humano de la expresión; que lo identifique, en fin, con métodos y procesos científicos (Freire 2009, p. 85).

Cabe considerar que el concepto de educación descrito por Paulo Freire conduce al ser humano hacia un proceso de racionamiento sobre la realidad, advirtiéndolo del peligro de su tiempo, para que, consciente de ellos, se fortalezca, pierda el miedo a la libertad y luche contra las inconsistencias sociales. La educación será auténticamente humanista cuando se logre en el educando una actitud crítica donde nadie influya en su forma de pensar, sino que su pensar sea propio y haga reaccionar a otros; busque la solidaridad en su proceso de empatía con el entorno; establezca una asertiva comunicación a través de encuentros dialogales

con personas que incitan a la reflexión. Cuando se cree en el educando y en la relación filial con el educador, se da por naturaleza una relación de dependencia, el educador necesita del educando como el educando necesita del educador.

Todos podemos ser educadores y educandos a la vez, en la medida que se cumpla el propósito de alfabetización. Es por esto que el educador tiene la responsabilidad de inspirar a dudar, a pensar, a perder el miedo a decir lo que le afecta, a saber, escuchar, a cambiar de actitud en el proceso de concientización y a discernir por medio de la crítica. De ahí se infiere que la educación sea liberadora, la cual permite ofrecerle herramientas de apoyo al analfabeto para su aprendizaje, lo que quiere decir que el proceso de alfabetización se efectúa cuando el educando halla la necesidad de aprender, no como una imposición sino como un deseo por superarse a sí mismo para ser *sujeto* de la sociedad. De este modo, la labor del educador consiste en ser guía para liberar al oprimido. En palabras de Freire:

De ahí que el papel del educador sea, fundamentalmente, dialogar con el analfabeto sobre situaciones concretas, ofreciéndole simplemente los instrumentos con los cuales él se alfabetiza. Por eso, la alfabetización no puede hacerse desde arriba hacia abajo, como una donación o una imposición, sino desde adentro hacia afuera, por el propio analfabeto, y con la simple colaboración del educador (Freire 2009, p. 108).

Acorde a lo anterior, Paulo Freire, en su libro *Pedagogía del oprimido* infiere que la educación busca la humanización de los individuos, dejando de lado la deshumanización que produce la violencia de los opresores. Sin embargo, esta última podría conducir a los oprimidos a luchar contra quienes los minimizó, para recuperar su humanidad sin ser opresores de los opresores, sino en una toma de conciencia, restaurar la humanidad de los dos —oprimidos u opresores—. Esto presupone decir que la tarea humanista de los oprimidos permite que el hombre se libere de sí mismo y libere a los opresores:

Lucha que sólo tiene sentido cuando los oprimidos, en la búsqueda por la recuperación de su humanidad, que deviene una forma de crearla, nos sienten idealistamente opresores de los opresores, ni se transforman, de hecho, en opresores de los opresores sino en restauradores de la humanidad de ambos (Freire 2005, p. 41).

La lucha de la que habla Freire nace de la necesidad del oprimido por restaurar su humanidad en el sentido de comprender su propia liberación, la cual no llega por inercia, sino por el ejercicio de la *praxis* y el reconocimiento de salir de ese estado de opresión. Es así como la pedagogía del oprimido es elaborada con el propósito de hacer de la opresión un objeto de reflexión en los individuos para que surja un interés y compromiso con su entorno o sociedad que pueda conllevar a la búsqueda de su libertad. Por consiguiente, «la pedagogía del oprimido, que no puede ser elaborada por los opresores, es un instrumento para este descubrimiento crítico: el de los oprimidos por sí mismos y el de los opresores por los oprimidos, como manifestación de la deshumanización» (Freire 2005, p. 43).

Sin embargo, el oprimido, en su lucha, no puede caer en ser opresor de los oprimidos porque acabaría con el proceso de humanización y la búsqueda de la libertad. Su comportamiento prescrito por los opresores, aloja en su conciencia pautas de éstos que no aportan a su desarrollo como ser humano consciente de su realidad y hacen que en determinadas ocasiones se «contagien» de la actitud de los opresores que limitan al ser humano y no lo deja crecer. Esto se debe a que los oprimidos emulan ciertos comportamientos de los opresores, el cual hace que el miedo a la libertad se torne más evidente con la apatía frente a los inconvenientes que surgen en su entorno social. El oprimido no debe guiarse por los paradigmas que dictan los opresores; al contrario, debe tender a la libertad que incluya al «otro» en la toma de decisiones conjuntas, a través de acciones transformadoras que incurran sobre la realidad para que exista el cambio. El oprimido sufre por querer salir de ese estado para tener otras opciones que le permitan vivir en libertad. En el mismo contexto, acota Freire (2005):

Sufren una dualidad que se instala en la «interioridad» de su ser. Descubren que, al no ser libres, no llegan a ser auténticamente. Quieren ser, más temen ser. Son ellos y al mismo tiempo son el otro yo introyectado en ellos como conciencia opresora. Su lucha se da entre ellos mismos o ser duales. Entre expulsar o no al opresor desde «dentro» de sí. Entre desalinearse o mantenerse alienados. Entre seguir prescripciones o tener opciones. Entre ser espectadores o actores. Entre actuar o tener la ilusión de que actúan en la acción de los opresores. Entre decir la palabra o no tener voz, castrados en su poder de crear y recrear, en su poder de transformar el mundo (Freire 2005, p. 46).

Los anteriores dilemas de los oprimidos son los mismos dilemas que su pedagogía debe asumir para la búsqueda de su liberación. Es decir, el oprimido debe reconocer su condición, fijarse en el mundo que le ofrece el opresor, para luego instaurar otras miradas, visibilizar un mundo nuevo a través de la *praxis*, que es reflexión y acción. Con todo esto, cabe la posibilidad de que el oprimido pierda el miedo a la libertad, intente superarse, descubra sus potencialidades, se solidarice con el «otro», asuma su compromiso con el mundo y transforme la realidad opresora como una tarea histórica.

La pedagogía del oprimido, como pedagogía humanista liberadora, tendrá, pues dos momentos distintos, aunque interrelacionados. El primero, en el cual los oprimidos van descubriendo el mundo de la opresión y se van comprometiendo, en la *praxis*, con su transformación y, el segundo, en que, una vez transformada la realidad opresora, esta pedagogía deja de ser del oprimido y pasa a ser la pedagogía de los hombres en proceso de permanente liberación (Freire 2005, p. 55).

Es evidente que la pedagogía del oprimido busca deshacer la relación de violencia que existe entre el oprimido y el opresor, mediante la toma de conciencia por parte de los oprimidos, como ya se ha mencionado antes. Por tanto, la lucha del oprimido contra el opresor nace del deseo desmesurado del oprimido por superarse, porque liberándose él, libera a los opresores y sirve de ejemplo a otros (Freire, 2005). Sin embargo, no es fácil liberarse de la conciencia opresora, puesto que el anhelo de posesión por parte de éstos hace que el individuo distinto a él se convierta en «objeto» sin propósito para la vida, y que el acto de humanización por parte de los oprimidos sea entendido como un acto de subversión y sublimación que afectan directamente sus ideales. «Humanizar es, naturalmente, subvertir y no *ser más*, para la conciencia opresora» (Freire 2005, p. 61).

Asimismo, tratar de comprender la conciencia opresora presupone advertir a la sociedad de una generosidad falsa que se nutre de la explotación con los oprimidos; su ansia de poder que se transmite de generación en generación, hace que el pueblo se mantenga en la cultura del silencio. Por ende, se debe romper con ese tipo de cultura para que el oprimido tenga el valor de decir su palabra. Su liberación no sólo sería contra la conciencia opresora, sino contra el miedo que ha cargado durante años y lo ha limitado a ser un individuo no libre.

En el mismo contexto, durante la búsqueda de la liberación y el compromiso por parte del oprimido con el mundo, Freire sugiere que el individuo debe ser educado para dicho propósito. Pero, ¿qué tipo de educación debe optar el educando para su cometido? Es aquí donde el pedagogo realiza una distinción entre la educación bancaria y la educación problematizadora para poner en evidencia el tipo de educación que pretende cambiar de condición al oprimido. La primera se enfoca en llenar las cabezas que están vacías por falta de conocimientos que deben memorizar y no aprender por la práctica, se aviva el sentimiento de competitividad entre los sujetos que atienden al individualismo, la obediencia, la dependencia y el resultado. En la segunda sucede todo lo contrario: en ella prima la reflexión de las acciones de los individuos, desarrollando el pensamiento crítico y la cooperación que guía al educando hacia una forma de vivir en libertad.

Partiendo de la premisa que enuncia Freire en sus obras, *la educación es práctica de la libertad*, crítica. Sin lugar a duda, la educación bancaria representa la educación de los dominantes que minimiza al oprimido: su labor de educar mediante el método de memorización mecánica hace que el educando se convierta en un sujeto que archiva información sin pretender cuestionarse sobre lo aprendido. Es un acto de repetir sin pensar. Dicho de otra manera:

En la visión «bancaria» de la educación, el «saber», el conocimiento, es una donación de aquellos que se juzgan sabios a los que juzgan ignorantes. Donación que se basa en una de las manifestaciones instrumentales de la ideología de la opresión: la absolutización de la ignorancia, que constituye lo que llamamos alienación de la ignorancia, según la cual ésta se encuentra siempre en el otro (Freire 2005, p. 79).

Se considera a la educación bancaria como otra forma de esclavitud. El individuo que se ha formado de esta manera sólo ve su realidad bajo la influencia opresora, como seres de fácil manipulación, es decir, la educación que recibe sólo es útil para mantenerlo ignorante y no cambiar su condición de oprimido. Esta concepción «bancaria» hace que los oprimidos no desarrollen su conciencia crítica, permaneciendo inmersos en la incertidumbre para ser títeres de la sociedad capitalista. Es así como los opresores tienen un objetivo, el de mantener alejada la relación educadora y educando, porque el educador no debe pretender que la conciencia del oprimido se torne crítica ni tratar de transformar su realidad cuando

éste intente cuestionarse sobre los asuntos sociales. A lo que Freire (2005) enfatiza:

La educación como práctica de la dominación que hemos venido criticando, al mantener la ingenuidad de los educandos, lo que pretende, dentro de su marco ideológico, es in-doctrinarlos en el sentido de su acomodación al mundo de la opresión (Freire 2005, p. 89).

Cabe agregar que la educación no debería mantener alienados u ocupados a los individuos; sin embargo, debería influenciar en ellos un pensamiento divergente que haga reaccionar a la sociedad de la importancia del compromiso ético-político y democrático que se necesita para fortalecer los ideales de lucha por la superación y la sana convivencia entre todos los miembros de una sociedad. Con esto, se generaría un cambio donde el oprimido dejaría esa condición para ser educando. Es aquí donde se trae a colación la educación problematizadora o transformadora, la que Freire defiende en sus obras (2005; 2009), aquella que proporciona la realidad del mundo para su transformación mediante el método de la reflexión y la toma de conciencia. Este tipo de educación rompe el silencio de una sociedad alienada para hacer ruido contra las inconsistencias sociales, convirtiéndose en una sociedad despierta que actúa y se involucra en buscar soluciones a las incongruencias de los opresores. Y es en ese transformar de ideas en las que el *sujeto* se relaciona por medio del diálogo, una herramienta que permite la humanización, la empatía, el conocimiento, la escucha y la liberación. Dicho de otra manera:

Solamente el diálogo, que implica el pensar crítico, es capaz de generarlo. Sin él no hay comunicación y sin ésta no hay verdadera educación. Educación que, superando la contradicción educador-educando, se instaura como situación gnoseológica en que los sujetos inciden su acto cognoscente sobre el objeto cognoscible que los mediatiza (Freire 2005, p. 112).

La acción dialogal que se da entre el educador-educando nace a partir del encuentro de los dos bajo un ejercicio de interiorización donde surgen inquietudes

a resolver sobre temas relacionados en su entorno social. Cabe añadir que la educación auténtica sólo es posible cuando el educador interactúa con el educando, no en una relación dominante sino de empatía con él y con el mundo para que se lleve a cabo la humanización. «El humanismo consiste en permitir la toma de conciencia de nuestra plena humanidad, como condición y obligación, como situación y proyecto» (Furter 1966, p. 165). Por lo tanto, el educador humanista es el que incita a los educandos a transformar su realidad porque tienen presente que su objetivo fundamental es combatir con el pueblo por la recuperación de esa humanidad que ha sido hurtada por los opresores. Por eso, el educador-educando dialoga sobre su visión del mundo, cada una contrapuesta, que permite un acercamiento a lo real y crítico que puede ser dichas concepciones para una toma de conciencia. Cabe también añadir que el acto reflexivo durante el diálogo entre éstos conlleva a un compromiso inquebrantable por la superación de las falencias y la imposición de límites condicionantes a la libertad.

Lo importante, desde el punto de vista de la educación liberadora y no «bancaria», es que, en cualquiera de los casos, los hombres se sientan sujetos de su pensar, discutiendo su pensar, su propia visión del mundo, manifestada, implícita o explícitamente, en sus sugerencias y en las de sus compañeros. Porque esta visión de la educación parte de la convicción de que no puede ni siquiera presentar su programa, sino que debe buscarlo dialógicamente con los pueblos, y se inscribe, necesariamente, como una introducción a la *Pedagogía del Oprimido*, de cuya elaboración él debe participar (Freire 2005, p. 158).

En consecuencia, el concepto educación, visto en Paulo Freire como educación problematizadora, transformadora y dialógica, es un instrumento revolucionario contra la cultura del silencio que permite pensar, concientizar, reaccionar e inspirar a que una sociedad se libere del miedo que otros han impuesto. Por ende, la palabra educar se la relaciona con el verbo cuestionar, porque la educación no debe ser vista como la adquisición de conocimientos básicos que prescinden del ejercicio reflexivo, sino que debe enseñar a dudar y a cuestionarse todo lo aprendido. Para esto es indispensable una buena relación entre el educador y el educando pues implica un acompañamiento mutuo en el proceso de humanización; es decir, el educador aprende del educando y el educando del educador, un hecho recíproco que aleja al hombre de la ignorancia, la apatía política y social para que renazca un hombre nuevo con la capacidad creativa para transformar su entorno

o el mundo. Ahora bien, hasta el momento se ha hablado del concepto educación según Paulo Freire para traer a colación la importancia de hallar una educación problematizadora en nuestro entorno. Conviene entonces en el siguiente apartado hablar sobre los estudios de paz y cómo esta se introduce en la educación para la paz, tomando en cuenta que es un tema de suma importancia en las sociedades que han sido marcadas por conflictos mal gestionados.

LOS INICIOS DE LOS ESTUDIOS DE PAZ. UNA MIRADA A LOS CONCEPTOS EDUCACIÓN Y PAZ

Para hablar de Educación para la Paz, se hace indispensable recordar los inicios de los estudios de paz. Es así que, de acuerdo con autores como Vicent Martínez Guzmán, Johan Galtung, Francisco Muñoz entre otros, manifiestan que los orígenes de los estudios para la paz se dieron después de la Segunda Guerra Mundial, es decir, en el siglo XX, donde surgió la inquietud por buscar las diversas maneras de hallar la paz en todos los ámbitos del desarrollo del ser humano (social, cultural, económico, político y educativo). Del mismo modo, según la perspectiva de Johan Galtung (2003), para comprender los inicios de los estudios de paz, que ha sido un tema fundamental desde las diferentes áreas del conocimiento, se deben distinguir cinco etapas generales. La primera etapa acontece entre los años 1930 a 1959. Se sustenta en *la paz negativa*, entendida como la ausencia de la guerra, es decir, se centra en los estudios científicos para la guerra. En esta etapa se crean las ONGS de asistencia y de denuncia frente a todo acto de violencia. Se le conoce por los lemas: ‘si quieres la paz, prepárate para la guerra’ o lo que es lo mismo *si vis pacem para bellum*; se produce el nacimiento de la teoría de las relaciones internacionales con un enfoque ‘realista’, defendiendo la neutralidad e independencia en la forma de ser de los sujetos con el mundo.

La segunda etapa se desarrolla entre los años 1959 a 1980. Ésta es reconocida como la etapa de *la paz positiva*, lo que significa que le dan un valor muy importante al desarrollo de las potencialidades humanas encaminadas a la satisfacción de las necesidades básicas. La Paz se ve como ausencia de guerra y desarrollo; además, entra en cuestión la validez académica de los estudios sobre cooperación al desarrollo, desarme, refugiados y paz. La tercera etapa se llevó a cabo entre los años 1980 a 1990. Ésta fue menos académica y más ligada a los movimientos sociales que estaban en contra de la carrera armamentística nuclear. En esta medida,

la cultura de paz hace su aparición con el incremento del papel de la opinión pública y la participación de los medios de comunicación en la visibilización de las realidades bélicas y la cultura violenta. Además, las investigadoras feministas como Betty Reardon y Birgit Bruck se interesan por el tema fundamental de la paz, enfocándose en la perspectiva de género.

La cuarta etapa inicia en el año 1990 hasta el 2001. Se le reconoce como un periodo de investigación en los estudios de paz con un enfoque diferente y transformativo. Denota su importancia en generar una cultura de paz cuestionando los discursos violentos para que el ser humano aprenda a gestionar y transformar los conflictos que surjan en su entorno. Es por eso que, durante este periodo, algunas universidades se centran en impartir conocimientos en base a los estudios de paz. Por ejemplo, en España, la Universidad Autónoma de Barcelona cuenta con el catedrático Vicenç Fisas, el cual dirige la cátedra UNESCO de la Paz y Derechos Humanos y, a su vez, cuenta con la *Escola de Cultura de Pau*. Del mismo modo, la Universidad de Granada crea el Instituto Universitario de Paz y Conflictos. En Madrid se instaura el Centro de Investigación de la Paz, mientras que en el País Vasco existe el Centro de Estudios para la Paz. Por último, en Castellón de la Plana se desarrolla la cátedra UNESCO de Filosofía para la Paz de la Universidad Jaume I, con estudios de máster y doctorado.

Ya en la quinta etapa, cuyos inicios van desde el año 2001 hasta nuestra actualidad, los estudios de paz traen consigo diferentes perspectivas donde se discute sobre las nuevas guerras y el terrorismo global. Esto da paso a la búsqueda de una paz duradera y reivindicativa donde los conflictos deben ser gestionados y transformados sin acudir a la violencia y a la toma de armas. Siguiendo el mismo contexto y teniendo en cuentas las anteriores etapas, se puede observar la evolución que han tenido los estudios de paz desde los años 30 hasta nuestra contemporaneidad. Hallar la paz presupone saber gestionar los conflictos antes de que sean violentos y agresivos en el actuar del ser humano. Estos se deben atender de forma positiva para fortalecer y cambiar la forma con que se ve al 'otro', no como enemigo, sino como alguien que merece respeto y empatía. La palabra clave sería *transformar* la respuesta negativa en positiva, con herramientas como el dialogo, que le permitan al ser humano hacer las paces con el que lo oprime. Y el opresor, adquirir destrezas para solucionar sus conflictos de otra manera sin recurrir a la violencia. Para que se dé esa *transformación de los conflictos de forma positiva*, se deben atender a los procesos educativos para la paz,

es decir, educar a los individuos para que gestionen sus conflictos de manera positiva, pertenezcan o no pertenezcan a sociedades violentas. Pero, ¿qué es eso de Educación para la Paz? Conviene brevemente tratar definir los conceptos por separado, *educación* y *paz*. En primer lugar, se hablará del concepto *educación*. Este, según Tuvilla (2004), es un instrumento valioso para la transformación humanizadora de la sociedad, permite la adquisición de conocimientos de todas las ciencias y, a su vez, fortalece las relaciones humanas desde la generosidad, la emoción y los sentimientos más íntimos del ser humano.

Por otro lado, es evidente que la educación —cualquiera que sea su definición o función social establecida— es una tarea humana, centrada en el diálogo entre actores, dirigida a aquel aprendizaje que favorece la comprensión del mundo, un mayor desarrollo de la personalidad de cada cual y la mejor forma posible de utilizar las capacidades (individuales y colectivas) para abordar con creatividad y éxito los problemas reales de una sociedad sometida a acelerados y constantes cambios (Tuvilla 2004, p. 389).

Con esto, podemos afirmar que el concepto *educación* pone al individuo una serie de responsabilidades para consigo mismo y la sociedad, con el propósito de mantener el equilibrio de una sana convivencia en su entorno. La educación no sólo cumple con la función de impartir conocimientos de las ciencias y las humanidades, sino que también ayuda al individuo a reafirmarse en la sociedad, definir su personalidad e identidad y tener una visión objetiva del mundo que lo rodea. De acuerdo con lo anterior, los investigadores Fernández y López (2014) sugieren redefinir el sentido epistemológico de la educación para que no entre en crisis. Hay que hacer un cambio de paradigmas porque, desde hace unas décadas, se entendía más de violencia que de paz. Ahora, con el nuevo giro epistemológico, se puede estudiar y educar para la paz. Dicho en sus palabras:

Quando se hace la pregunta acerca de lo que es la educación, es habitual contestar que educar es humanizar, desarrollar lo humano a lo largo de toda la vida, lo que hace referencia a un proceso de construcción personal y a las etapas del mismo. Sin embargo, tantas esperanzas puestas en la educación décadas atrás, han terminado por disiparse y ahora estamos asistiendo al crecimiento de la frustración, la desorientación y hasta los resentimientos. Necesitamos reconsiderar la educación, su sentido y validez, tratar de reencantarla y recobrar la esperanza (Fernández y López 2014, p. 124).

Sin lugar a dudas, la educación esta ligada al ámbito cognitivo, pero también debe estar ligada a la formación axiológica del ser humano como ser social y parte de una colectividad. Es decir, se debe impartir conocimientos de diversas áreas, pero, a su vez, potencializar las capacidades y valores que engloben el concepto de *paz*. Por ende,

Parece necesaria, pues, una labor de reelaboración de la noción de educación que vaya más allá de la acción de construcción personal centrada en lo cognitivo y orientada a la incorporación al mundo económico-laboral, a la reproducción sociocultural, en cuanto medio para alcanzar éxito social. Hemos reducido el aprendizaje a poco más que aprendizaje cognitivo desconectado entre sí y de sus contextos, y esto es un olvido dramático con consecuencias nefastas (Fernández y López 2014, p. 125).

Consecuentemente, la educación debe ser integral, brindándole al individuo la oportunidad de adquirir conocimientos y, a la vez, formarse en valores. Dicha perspectiva la defiende la Educación para la Paz, la cual busca potencializar las destrezas del individuo y su carácter o capacidad para gestionar los conflictos de forma no violenta. En el mismo contexto, otro concepto de *educación* es descrito por el investigador José Tuvilla (2004), el cual manifiesta que la educación debe desarrollar en el individuo la capacidad de reconocer y aceptar los valores que existan en la diversidad (sexos, pueblos y culturas). Y también desarrollar la capacidad de comunicar, compartir y cooperar con su comunidad o su entorno. Ahora bien, respecto a los conceptos de educación hasta ahora reseñados, cabe decir que la educación debe ser partícipe de todos los procesos evolutivos del individuo y en todas las facetas que éste pueda tener en su interacción con el «otro». La educación es transformación, revolución y libertad. Transformación porque genera un cambio desde sus bases; revolución porque va en contra de la ignorancia; y libertad porque permite al individuo expresarse sobre su pensar respetando la opinión del «otro». La educación fomenta la capacidad creativa de resolver situaciones difíciles e inesperadas, preparando al ser humano para que actúe con autonomía, criterio y responsabilidad. La educación une y reconoce la importancia del trabajo colectivo. Todos los cambios individuales hacen eco en las sociedades. Es permanente, constante, dinámica y transversal. En consecuencia, la educación permite que el ser humano salga de la ignorancia y la pobreza

de pensamiento para insistir en sus ideales sociales, políticos y económicos que incluyan e influyan en la sociedad de carácter positivo.

En segundo lugar, se hace indispensable subrayar el concepto de *Paz*, un concepto muy proclamado durante años en el mundo, pero que ha sido objeto de estudio apenas hace pocas décadas. Este concepto tiene varias connotaciones distintas tales como: *Ahimsa* para los hindúes, que significa respeto a la vida como principio; *Eiréne* proveniente del griego, sinónimo de la palabra *homonoia* (armonía), también quiere decir «aquella que trae paz»; y la *Pax romana*, la cual es una expresión del latín que se refiere a la ausencia de violencia y que garantiza orden a los ciudadanos. Un concepto sin distinción de cultura o étnia tiene un significado divergente para todas, es decir, apunta al estado de no violencia entre los individuos, el convivir en armonía dentro de una comunidad y con la naturaleza, invita al ser humano a solucionar los conflictos de forma positiva y promueve una cultura basada en valores éticos y morales. Todos sus significados dependen de la época, de las vivencias o de la misma necesidad del individuo por mantener la fraternidad con los miembros de la sociedad y con todo lo que le rodea. En todo caso, si no existiera la violencia, no se hablaría de paz, o quizás se hablaría de lo importante que es mantener las buenas relaciones humanas y el respeto a la naturaleza. Este no es nuestro caso. Conviene seguir indagando aún más por el concepto de *paz*. Según Johan Galtung (2003), la paz tiene dos definiciones compatibles: la primera se refiere a la paz como ausencia de violencia o guerra. En la segunda, la paz se entiende como un proceso de transformación creativa de los conflictos. Ambas definiciones están de acuerdo con reducir la violencia por medios no violentos. Galtung lo dice de esta manera:

Para ambas definiciones es válido lo siguiente: el trabajo por la paz es trabajo para reducir la violencia por medios pacíficos. Las ciencias de la paz son el estudio de las condiciones del trabajo por la paz. La primera definición está orientada hacia la violencia, siendo la paz su negación. Para conocer la paz tenemos que conocer la violencia. La segunda definición está orientada al conflicto; la paz es el contexto en el cual se despliegan los conflictos de forma no violenta y creativa. Para conocer la paz tenemos que conocer el conflicto y saber cómo pueden transformarse los conflictos, tanto de manera no violenta como de manera creativa. Evidentemente, la segunda definición es más dinámica que la primera. Las dos definiciones se centran en seres humanos en un medio social. Esto convierte las ciencias de la paz en una ciencia social, y más en concreto en una ciencia social aplicada, con una orientación explícita hacia los valores (Galtung 2003, p. 31).

Estos dos conceptos de *paz* dados por Galtung, tuvieron que ser evaluados en su teoría del triángulo de la violencia, la cual supone que la violencia sea vista como un iceberg. En la parte visible, se observa la violencia directa, una pequeña parte del conflicto. La parte invisible serían la violencia cultural (legitimadora) y la violencia estructural (indirecta), lo que hay de fondo. No obstante, para dar solución a estos tipos de violencias, la paz debería actuar según corresponda con cada una de ellas. Esto presupone decir que, para la violencia directa, la paz directa; para la violencia estructural, la paz estructural; y para la violencia cultural, la paz cultural. Sin embargo, esos conceptos de paces le parecieron demasiado estéticos y opta por darle al *concepto de paz* otro enfoque, que sea menos complejo y más dinámico: «la paz es lo que obtenemos cuando la transformación creativa del conflicto se produce sin violencia» (Galtung 2003, p.344). Ese enfoque pone a prueba la paz y su habilidad para solucionar los conflictos de manera positiva reduciendo los índices de violencia. Otro concepto de *paz* lo tomamos de José Tuvilla:

La paz en su concepción actual es la suma de tres tipos de paces: paz directa (regulación no violenta de los conflictos), paz cultural (existencia de valores mínimos compartidos) y paz estructural (organización diseñada para conseguir un nivel mínimo de violencia y máximo de justicia social). La paz es un proceso gradual y permanente de las sociedades en el que poco a poco se instaura lo que se llama justicia (2004, p. 391):

De este modo, la paz, para este investigador, es una construcción colectiva que tiene como bases los derechos humanos, la democracia y el desarrollo integral de cada individuo. Considera la paz como un proceso de fortalecimiento de cada uno de esos factores, los cuales se relacionan con la seguridad humana. La paz no sólo significa poner fin a los actos bélicos, sino a otros factores que producen violencia, como, por ejemplo: la posesión de tierras, la pobreza, el analfabetismo, las desigualdades sociales y culturales, el deterioro al medio ambiente, las falencias en la democracia y el irrespeto por los derechos humanos. Se es consciente que, para construir la paz, se pueden cometer varios errores, pero esos errores hacen que el ser humano o las sociedades vayan teniendo experiencias para buscar nuevas alternativas y seguir intentándolo. Todo es un proceso y un aprendizaje que vale la pena asumirlo por el bien de la humanidad. Tuvilla sugiere la

necesidad de un empoderamiento pacifista que vea la paz no como algo perfecto y eterno, sino como algo tan real y palpable como la imperfección dentro de un proceso continuo (Tuvilla 2004). Como lo describe Francisco Muñoz (2001), la paz imperfecta, un proceso «inacabado» y en continuo movimiento:

La paz imperfecta nos permite reconocer, desarrollar e interrelacionar todas las formas de construcción de paz que podemos identificar los humanos. No solo se trata de una herramienta, sino que, considerar la paz como un proceso inacabado, con capacidad para desarrollarse de forma permanente, que se puede construir cotidianamente, que tiene un carácter «procesal», calificándolo como imperfecto, por lo que tiene de humano, de posibilidad y de opción, por su carácter abierto, imaginativo, y deseable abre mejores y mayores posibilidades de investigación (López Martínez 2001, p. 181).

La paz siempre está en proceso y no tiene un fin último. Se debe dar en el individuo como una condición natural que respalde una buena convivencia con su entorno y la posibilidad de sentirse seguro y pleno. No se debe ver la paz como algo perfecto porque supone una utopía y se torna inalcanzable. Es mejor matizar la paz con sus errores y virtudes durante el camino que recorre a la resolución de los conflictos positivamente. En definitiva, se ha hablado brevemente de los estudios de paz y de los conceptos *educación* y *paz* por separado, teniendo en cuenta las diferentes miradas de algunos investigadores. No obstante, se hace indispensable indagar el concepto Educación para la Paz en su conjunto y, por ende, en el siguiente apartado se tratará de dar una idea de dicho concepto y, sobre todo, de su importancia en la sociedad.

EDUCACIÓN PARA LA PAZ, SU IMPORTANCIA EN LA SOCIEDAD

Educar para la paz resulta una propuesta osada en un mundo de constantes cambios. Sin embargo, si se piensa que todos somos educadores y educandos (de lo positivo) durante las interacciones que podamos tener con las personas en el transcurso de nuestra vida, quizás se pueda efectuar un cambio. Esto no quiere decir que se debe imponer esa forma de pensar o actuar, sino esa forma de *ser con el mundo* debe emerger en el ser humano gracias a sus procesos de interiorización que sólo ofrece la educación para la paz. Con todo esto, surge una pregunta: ¿puede la Educación para la paz construir una mejor sociedad para todos? Para ahondar en su respuesta, se hace necesario aclarar el concepto de *educación*

para la paz. Es así que para los investigadores Alfonso Fernández y María del Carmen López:

La educación *en* la paz implica que la forma de enseñar y/o aprender sean contenidos de paz o sean otros, debe ser pacífica en sí misma y, en consecuencia, coherente con lo que se persigue. No debe haber contradicción entre el fin, que son los valores de paz, y los medios para conseguir dicho fin. Si queremos educar en la paz todos los procesos, procedimientos, medios, contextos y ambientes de aprendizaje deben ser pacíficos, de lo contrario se estaría enseñando —aprendiendo— contenidos en ambientes y con procedimientos violentos; lo cual, además de contradictorio, ayudaría a perpetuar el aprendizaje implícito de la propia violencia. Como sostuvo Gandhi, si queremos valores de paz, la paz misma es el camino, no hay otros caminos para la paz. (Fernández y López 2014, p. 129).

Con esto se puede decir que los cambios (positivos) que surjan en las sociedades (violentas o no violentas) se debe al compromiso que tiene la Educación para la Paz con las mismas. Aprender a transformar los conflictos implica un proceso de concientización del ser humano sobre su forma de actuar en determinadas ocasiones. No es fácil emprender dicho proceso, pero se hace el intento de resolver nuestras disputas de una manera creativa no violenta. La Educación para la Paz nace para intervenir en las actitudes humanas negativas que afectan y dañan la integridad del ser humano. Se debe investigar por qué el sujeto tiene actitudes violentas con “otros” desde lo psicológico, social y antropológico para no juzgar y empezar a corregir esas actitudes que lo afectan a él como individuo y que trae consecuencias violentas dentro de su entorno.

Conforme a lo anterior, se considera la educación una herramienta para promover la paz en todas las instancias. Cuestiona el desarrollo del individuo para concientizarlo y, de cierta manera, permanezca atento de todo lo que sucede a su alrededor siendo protagonista de la realidad y avivando el sentido de pertenencia que lo convierte en un ser crítico, razonable y capaz de transformar esa realidad con la que tropieza día a día. Dicho esto, el propósito de la Educación para la Paz sería construir una cultura de paz y de respeto de la dignidad humana por medio de la voluntad del ser humano por transformar la realidad injusta que vive en lo individual y social. De acuerdo con lo anterior, Evelyn Cerdas, experta en Educación para la paz, subraya que:

[...] en este sentido, es transcendental reconocer que uno de los objetivos de la Educación para Paz es el desarrollo de las personas, y no considerado como desarrollo económico, sino integral, que potencie su calidad de vida. Así la Educación para la Paz es un derecho de toda persona, fundamento de todo sistema educativo, que contribuya a generar procesos sociales basados en la confianza, la solidaridad y el respeto mutuo, facilite la solución pacífica de los conflictos y ayude a pensar de una forma nueva las relaciones humanas (Cerdas 2013, p.190).

De manera análoga, la educación para la paz se enfoca en un cambio individual para lograr un cambio colectivo. Se trata de cooperar y promover, entre todos los miembros de la sociedad, valores que estén en conformidad con una cultura de paz, tales como: la solidaridad, la empatía, la cooperación, el respeto, la inclusión, la tolerancia, la justicia, el amor, el cuidado, la libertad y, por supuesto, la paz. Por lo tanto, el que es educado para la paz, aprende a reflexionar y actuar de una manera no violenta cuando se le presenta un conflicto. Además, se fortalece en habilidades como el diálogo y el respeto a las diferencias. Sus conocimientos son basados en la crítica bien intencionada y en generar soluciones para el bien común.

CONSIDERACIONES FINALES

Con el concepto de *educación* adoptado por Paulo Freire dentro de una sociedad homogéneamente abierta que da paso a la transformación de una cultura consumista a una cultura comprometida con hallar soluciones a los problemas que se presenten en las sociedades, busca una coherencia crítica entre los educandos y educadores para mantener el deseo de superación y la tarea imprescindible de los humanistas, de mantener una educación de reflexión y acción. Esta, a su vez, debe llevar al individuo a romper el silencio frente a las injusticias siendo expectante y vigilante con los hechos que puedan dañar la tranquilidad de los ciudadanos y de todo un pueblo. La mirada de Freire sobre el concepto de *educación* posibilita restablecer los vínculos humanos para prescindir de las divisiones políticas, sociales y culturales que puedan acarrear roces violentos por la no aceptación de las diferencias con el «otro». El pedagogo propone una educación problematizadora que tiene como herramienta fundamental el diálogo para la humanización, la empatía, el conocimiento y la liberación. Esto está acompañado

de una toma de conciencia entre los diferentes sectores de la sociedad, para que no existan intereses particulares sino intereses comunes, incluyentes y necesarios para la búsqueda de la paz.

Por otra parte, gracias a los estudios de paz que surgen después de la Segunda Guerra Mundial, muchos investigadores se preguntan si es posible hallar la paz en las sociedades que estén o no estén marcadas por la violencia. Una búsqueda que trae consigo un cambio evolutivo en sus definiciones. Es por eso que, al principio, la paz es vista como ausencia de guerra; luego, como la búsqueda de la justicia social y el equilibrio de las relaciones humanas; y, por último, como un proceso que se da de forma inacabada. Siguiendo el mismo orden, vendrían siendo: la paz negativa, la paz positiva y la paz imperfecta. Del mismo modo, el concepto de paz trae consigo la capacidad del individuo por transformar los conflictos que se le presenten durante el transcurso de su vida de forma positiva. Esto denota su imprescindible responsabilidad social para que así se lleven a cabo. Sin embargo, es aquí donde emerge el concepto de Educación para la Paz, teniendo como objetivo construir una cultura de paz entre los individuos y la armonía con la naturaleza. Finalmente, si bien es cierto que la globalización puede estar en contra de esa educación para la paz tan anhelada, quizás le podemos dar la vuelta y utilizarla como un recurso a nuestro favor para conseguirla. Todo depende de qué tan osados seamos y de qué tanto anhelemos la paz. A modo de conclusión, los proyectos de educación para la paz deben ser visibilizados, expuestos a la luz pública para que sean subvencionados y se realicen de la mano de empresas privadas o públicas. Esta reflexión invita a no ver la paz como un concepto ajeno y lejos de nuestras capacidades. La paz es un compromiso de todos.

Agradecimientos

Se agradece a las docentes Lidón Moliner y Gloria María Abarca por sus consejos y conocimientos profesionales. Y, también, a Camilo Espinosa por su apoyo académico y moral.

Conflicto de intereses: La autora declara que no tiene ningún posible conflicto de intereses. **Aprobación del comité de ética y consentimiento informado:** No es aplicable a este estudio. **Contribución de cada autor:** La autora desarrolló las ideas y escribió el artículo. Para consultas sobre este artículo debe dirigirse a: (✉) erikatatianajimenez@gmail.com

Referencias

- Cerdas Agüero, Evelyn (2013). «Educación para la Paz: fundamentos teóricos, epistemológicos y axiológicos». *Revista Latinoamericana de los Derechos Humanos* 24 (1-2), I-II Semestre 2013: pp. 189-201.
- Furter, Pierre (1966). *Educação e vida*. Petrópolis-Río: Editora Vozes.
- Freire, Paulo (2005). *Pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI editores S.A. de C.V.

- Freire, Paulo (2009). *La educación como práctica de libertad*. Madrid: Siglo XXI de España editores S.A.
- Fernández Herrera, Alfonso y López López, María del Carmen (2014). «Educar para la paz. Necesidad de un cambio epistemológico». *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales* 21, n° 64: pp. 117-142.
- Galtung, Johan (2003). *Paz por medios pacíficos. Paz y conflictos, desarrollo y civilización*. Gernika: Red Gernika.
- Gobierno de España (2017). «Plan de acción para la implementación de la Agenda 2030, hacia una Estrategia Española de Desarrollo Sostenible». Consultado 7 de julio de 2019. Disponible en: <https://bit.ly/36JGxNu>
- López Martínez, Mario (2001). «La noviolencia como alternativa política». En: *La Paz imperfecta*, editado por Francisco Muñoz. Granada: Universidad de Granada, pp.181-251.
- Muñoz, Francisco (2001): *La Paz Imperfecta*, Granada: Universidad de Granada. Colección *Eirene*.
- Tuvilla, José (2004). «Cultura de Paz y Educación». En: *Manual de Paz y Conflictos*, editado por Francisco Muñoz. Granada: Universidad de Granada.

Información sobre la autora

► **Erika Tatiana Jiménez Aceros** es estudiante de Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Salamanca (España). Su línea de investigación es la antropología. Actualmente investiga sobre el tema del perdón como emoción política, teniendo como objeto de estudio a los colombianos residentes en España, víctimas de la violencia del conflicto armado. Es magíster de Estudios Internacionales de Paz, Conflictos y Desarrollo de la Universidad Jaime I en Castellón (España). Ha sido becada por el vicerrectorado de la misma universidad y por el Banco de Santander durante sus dos años de estudio. Ha sido docente de Ética y Filosofía de dos colegios prestigiosos de la ciudad de Bogotá en Colombia. Es autora de: *La búsqueda de una filosofía para la paz* en la revista *Estudios Interdisciplinarios: Paz y Comunicación* (2018) de la Universidad Estadual Paulista de Brasil (UNESP). ISBN: 978-84-09-11424-5. Y, de *La no violencia en Colombia. El legado de Gandhi aplicado en la Comunidad de Paz de San José de Apartado* en la revista *Derechos Humanos Emergentes y Periodismo* de la Universidad de Sevilla. ISBN: 978-84-09-16723-4. **Contacto:** (✉): erikatatianajimenez@gmail.com.

Como citar este artículo

Jiménez Aceros, Erika Tatiana (2020). «Educación para la Paz. Una reflexión sobre el concepto de Educación en Paulo Freire y los estudios de paz». *Analysis* 26, no. 5: pp. 1-22.